



## El agravio comparativo

BAJO ESTE SOL TREMENDO

Carlos Busqued

Anagrama. Barcelona, 2009. 182 págs.

NOVELA

Me niego a creer que se trata de una primera novela como reza su solapa. Cuesta imaginar que detrás de esa prosa más fría que un témpano de hielo se oculta un principiante. A un narrador en ciernes se le verían las costuras. Y no es el caso. Aquí se alza una voz en completo dominio de sus capacidades narrativas que, sin embargo, prefiere contenerse. Si narrar es, como quiere Piglia, jugar al póquer con un adversario que puede mirarte las cartas, este novato las enseña sin aspavientos y, pese al mínimo juego que despliega, gana la mano con limpieza.

Se trata de una obra absolutamente madura y lograda, pero decir sólo eso es desmerecerla. *Bajo este sol tremendo* encierra muchas lecturas y todas son terribles. La más obvia apunta a la degradación moral y la corrupción física de una geografía humana completamente arrasada.

Cetarti consume su vida entre los porros y el Discovery Channel. Una noche recibe una llamada. Su madre y su hermano han muerto. Acusa la noticia más impávido que *monsieur* Meursault. Viaja a Lapachito, un pueblo perdido del Chaco —una de las provincias más miserables del noreste argentino—, a ocuparse de los cadáveres. Allí conoce a Duarte, un suboficial retirado aficionado a la pornografía extrema y a los modelos a escala. Duarte es el albacea de Molina, el concubino de su madre que mató a ésta y a su hijo a escopetazos antes de quitarse la vida. Con turbios manejos consiguen cobrar el seguro del suicida y Cetarti regresa Córdoba, donde se ocupa de vaciar la casa de su hermano muerto, aquejado del síndrome de Diógenes. Mientras tanto Duarte sigue con lo suyo. Casi nada: se-



cuestrar y torturar personas junto a Danielito, el hijo de su viejo amigo Molina. Y no queda del todo claro si lo hacen para extorsionarlos o con fines recreativos (acrecetar su colección de películas aberrantes). Los tres personajes se reencontrarán poco después, pero no hace falta seguir. Hasta aquí la crónica aséptica de una historia cuya brutalidad no tiene referentes en la literatura argentina y sospecho que tampoco en la latinoamericana. Habría que remontarse hasta *El camino del tabaco*, de Erskine Caldwell, para dar con algo similar.

Otra lectura menos explícita es la psicoanalítica, a pesar de la anestesia moral y afectiva de los personajes y que la introspección brilla por su ausencia. Lo siniestro los acecha bajo variadas formas zoológicas (un calamar gigante, una pareja de perros, una elefanta de circo que aprendió a bailar

gracias a descargas eléctricas o un ajolote) para devolverle a cada uno su propio reflejo monstruoso.

A la vez, la trama se despliega sobre el viejo motivo del doble. Cetarti y Danielito tienen la misma edad. Ambos han quedado huérfanos (la madre de Danielito se suicida), son hijos de la violencia y el desarraigo y los dos han perdido a un hermano, cuya ausencia los persigue. El de Cetarti, en las cenizas olvidadas en el baúl de un coche. Y el de Danielito, en un minúsculo ataúd abandonado hace muchos años “bajo este sol tremendo”, como dirá la madre antes de ingerir raticida.

Pero quizá la lectura más sugerente sea política. Duarte y Molina realizaban “instrucción militar” en Tucumán antes de que nacieran Cetarti y Danielito, época en la que operaba por la zona la guerrilla de Santucho. Tres décadas más tarde, el final de uno y el *hobby* del otro, dan claras pistas sobre qué aprendieron por entonces los ex oficiales. En este sentido, *Bajo este sol tremendo* es un relato oblicuo, cargado de significativas elipsis, de la abyecta herencia de la dictadura.

Las comparaciones son odiosas, pero inevitables. Más aún tratándose de un autor ignoto llamado Carlos Busqued. Su ópera prima deja muy mal parada a buena parte de la narrativa de su país publicada en los últimos años. Y el hecho de que salga a la luz en España, gracias a la azarosa lógica de los premios a obra inédita (la obra quedó prefinalista del Herralde de Novela), la convierte en un agravio comparativo para el sistema editorial argentino que la dejó escapar.

Matías Néspolo